

ENSAYO

LA DERECHA ANTE EL CAMBIO DE CICLO*

Hugo Eduardo Herrera

Universidad Diego Portales

RESUMEN: El presente ensayo propone “un método de la comprensión política” para la derecha chilena actual, enfrentada, de acuerdo al autor, al malestar y la inquietud social sin una respuesta nítida, sin un discurso político que articule su diagnóstico ni su acción. En su evaluación, uno de sus problemas esenciales está en su falta de densidad reflexiva, en la incapacidad de pensar y proponer una comprensión adecuada a los tiempos actuales. A modo de comparación, se muestra cómo la derecha conservadora del Centenario, hace ya un siglo, sí supo responder, con crítica y vanguardismo, a preguntas no muy distintas a las del Chile actual.

PALABRAS CLAVE: derecha chilena, nuevo ciclo político, crisis social, discurso crítico, comprensión política.

RECIBIDO: julio 2014; ACEPTADO: agosto 2014.

THE RIGHT AND THE CHANGE OF CYCLE

ABSTRACT: *This essay proposes “a method of political understanding” for the current Chilean political right, facing social unease and restlessness without a clear alternative, without a discourse that articulates its diagnosis or its actions. In the assessment of its author,*

HUGO EDUARDO HERRERA. Doctor en filosofía en la Julius-Maximilians-Universität de Würzburg y licenciado en ciencias jurídicas, Universidad de Valparaíso. Profesor titular del Instituto de Humanidades, Universidad Diego Portales. Email: hugo-eduardoherrera@gmail.com.

* El autor quiere explicitar los siguientes agradecimientos: “Alicia Truffello, Juan Manuel Garrido, Renato Bartet, Joaquín García-Huidobro y Jacinto Gorosabel realizaron lúcidos y extensos comentarios al borrador de este texto. En este caso no es trivial decirlo: el agradecimiento, que por este acto realizo, no los compromete de manera alguna con las opiniones del artículo”.

one of the essential problems of the sector is its lack of intellectual consistency, its inability to envisage and communicate an accurate understanding of our times. By way of comparison, he shows how the conservative right of the Centenary, a full century ago, did know how to respond to questions not very different to those being posed in Chile today with critical analysis and avant-garde thinking.

KEYWORDS: *Chilean right, new political cycle, social crisis, critical discourse, political understanding*

RECEIVED: *July 2014*; ACCEPTED: *August 2014*.

“... nos envolvieron en un malestar difuso y vago, que todos palpan pero que nadie define”.

Francisco Antonio Encina, *Nuestra inferioridad económica*

1. CAMBIO DE CICLO

La expresión “cambio de ciclo” supone una visión de la historia en la cual el tiempo posee forma circular y los hechos transcurren al modo de un retorno periódico de lo mismo. La palabra griega de la que proviene “ciclo” (κύκλος) significa círculo, figura que es incompatible con la concepción lineal de la historia, propia del cristianismo y de su variante secularizada, el progresismo. Esta implicancia metafísica de la expresión —presumiblemente ajena a las creencias de aquellos que la comenzaron a emplear en la Nueva Mayoría, quienes lo más probable es que se hayan simplemente hecho eco de manera no reflexiva de las noticias sobre el famoso “Calendario Maya”— no entorpece, sin embargo, su aptitud para llevar adelante una interpretación del momento actual. Cercanos al cuarto de siglo desde que comenzara la transición, el “modelo” estaría agotado y nos encontraríamos en los albores de un nuevo comienzo.

Incluso la implicancia cíclica de un eterno retorno de lo mismo puede resultar adecuada para describir un aspecto relevante de nuestro presente. Ocurre que la historia chilena evidencia un carácter asombrosamente reiterativo: el momento actual de “cambio de ciclo” posee bizarros paralelos con otro cambio de ciclo, que tuvo lugar casi exactamente un siglo atrás: comenzó un año 91, se habló de “malestar profundo” el año 10, hubo una gran efervescencia de la discusión sobre educación un año 12. Más allá de la curiosidad por las coincidencias,

más allá también de la concepción del tiempo que se asuma, los paralelos pueden ser significativos desde un punto de vista hermenéutico, pues la observación e interpretación cuidadosa del momento histórico pasado —del “ciclo” de hace cien años— permitirían iluminar el instante histórico actual, dar pistas acerca de cómo comprenderlo y orientarlo.

En Chile se produjo una alteración o mutación profunda en el último tiempo y el país estaría entrando en una nueva etapa, para la cual no hay respuestas a la mano. Parece como si Chile, que permanece el mismo, requiriese mudar de piel, iniciar un proceso de transformaciones en virtud del cual el cuerpo social pueda verse reconocido nuevamente en sus estructuras institucionales.

La capacidad de la expresión “cambio de ciclo” para comprender lo que está ocurriendo en la realidad política y social depende del modo en el que se la use. Hasta ahora, el empleo ha estado por debajo de sus posibilidades y ella ha servido simplemente para organizar lo que parece ser más bien una falta de debate entre los principales sectores políticos nacionales. La centroizquierda se ha inclinado a ocuparla en un sentido muy acotado, ora como herramienta de interpretación de su propio proceso de pérdida y recuperación del poder, ora como mero instrumento de reducción de la multiplicidad de la realidad social y política. La derecha, por su lado, ha utilizado la expresión sin saber cabalmente de sus alcances ni de la historia de los ciclos previos, y se tambalea, según mostraré, entre el mutismo ante las discusiones más teóricas y el activismo.

Sin embargo, hablar de cambio de ciclo sí puede servir para dar cabida al proceso que estamos viviendo. Efectivamente, uno observa movimientos, desplazamientos o alteraciones en un nivel más bien fundamental de nuestra sociedad, los cuales tienen influencia innegable en la vida política y el debate público nacional. Me atrevo a mencionar cuatro alteraciones significativas. Ellas podrían agruparse de otra manera y, eventualmente, cabría agregar otra u otras; toda generalización es una reducción. Aun así, la importancia de las mencionadas parece innegable para hacerse una idea de la dirección y el talante del proceso.

2. CUATRO ALTERACIONES

La primera alteración importante es la disminución o atenuación del miedo. Durante los gobiernos de la Concertación una nueva generación alcanzó la mayoría de edad. Es una generación postdictadura y

posterior a la caída del Muro de Berlín, ajena a los múltiples temores con los que se vivía hasta los 80¹: miedo a la invasión soviética, miedo a los bombazos, miedo a los atentados, miedo a la tortura y a ser detenido, miedo a la pobreza, a la cesantía y al hambre, miedo a la guerra, miedo a la hecatombe nuclear. Una economía, en términos generales, bullente durante casi treinta años, terminó, en general, con el hambre. La URSS desapareció; MJL, DINA, MIR, Dicomcar, CNI, FPMR, etcétera, la larga serie de siglas que asustaban en nuestra política interna, también. Y aunque el riesgo persiste, ya ni se piensa en la amenaza nuclear, retratada con elocuencia en la película *War Games*, de 1983. Los jóvenes en Chile hoy temen menos perder el empleo, pues obtienen otro con mayor facilidad que antaño. No sólo el tono del ambiente se modificó, sino que también se abrieron posibilidades inusitadas de expresar opiniones y pensar y proponer reformas profundas. El miedo paraliza; el despliegue de la imaginación y las fuerzas vitales constructivas requiere, en cambio, seguridad.

Una segunda alteración se relaciona con el hecho de que en 2010 la derecha llegó al poder democráticamente, poniendo fin a dos décadas de gobiernos de la Concertación. Si bien la derecha perdió estrepitosamente las elecciones de 2013, y en parte contribuyó a desencadenar la ebullición social de los últimos años, no puede desconocerse que su triunfo en las presidenciales marca algo parecido al fin de la transición, en el sentido preciso de que, desde entonces, tanto la derecha como la centroizquierda pueden disputarse el poder político principal en igual-

¹ Thomas Hobbes indicaba al miedo como fundamento sobre el cual se erige el Estado: ver Thomas Hobbes, *Leviathan* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996), 89. Por si quedasen dudas acerca de la importancia del miedo en la historia patria del período de marras, citamos aquí a Jaime Guzmán, quien tan temprano como en 1969 escribía: “Quien observe la realidad político-social por la cual atraviesa Chile en la actualidad no puede dejar de reparar en la acentuación de un elemento inquietante dentro de ella: el temor, el miedo —cada vez crecientes— que siente el ciudadano común para discrepar en forma pública, abierta y personal, frente al poder estatal y a quienes lo ejercen”. Ver Jaime Guzmán, “El miedo: síntoma de la realidad político-social chilena”, *Estudios Públicos* 42 (1991): 255. El joven Guzmán era consciente de este factor fundamental de la política. Ya entonces parecía adelantarse a todo lo que vendría después: el miedo a la izquierda internacional, al socialismo real, a perderlo todo, a la invasión soviética, a la muerte violenta a manos de otro; el miedo también a la derecha sediciosa, nueva versión del “complot aristocratique”, a la tortura, a la desaparición.

dad de condiciones, un poco más lejos que antes de las sombras de la Unidad Popular y la dictadura. Dicho de otro modo: Pinochet y Allende hoy no son el tema políticamente más relevante. De hecho, la derecha llegó al poder con alguien que fue un opositor a ambos. La discusión ha logrado desplazarse desde los ejes firmes que la mantenían fija, volviéndose más insegura e inestable, pero también, de paso, comparable en parte con la que tiene lugar en países políticamente más avanzados. Se puede ya entonces debatir directamente sobre el tipo de política, economía y sociedad que se desea conformar.

Tercera alteración: si el conocimiento y la información son poder, el poder, en este sentido al menos, se ha repartido. Pese a los problemas que arrastra nuestro sistema educacional, es un hecho que la matrícula en los estudios superiores se ha masificado. Hoy el número de estudiantes por cohorte es casi cuatro veces mayor que el de comienzos de los noventa. Este cambio tiene un alto impacto en la vida concreta de los afectados: las universidades, institutos y centros de formación técnica no sólo difunden conocimientos, sino que además posibilitan el establecimiento de redes de contactos, operan como una especie de plaza pública para los concernidos, quizás como ningún otro tipo de instancia, ni aun las plazas reales de sus barrios. Junto con ello, las nuevas tecnologías y medios de comunicación han llegado a producir un cambio —en la mayor parte de los aspectos dañino, pues lo que se gana en rapidez se pierde en intensidad²— de alcances aún incalculables, pero de indudable influencia en la discusión política actual, la que transcurre también por los cauces de esas nuevas redes de conexión.

Cuarta alteración: el particular modelo económico y político vigente ha mostrado algunos de sus límites. El poder político se halla crecientemente concentrado en ciertos grupos sociales o incluso familiares de la capital. Si bien los “clanes” no son un fenómeno autóctono, en la política nacional manifiestan una especial eficacia. La dirigencia político-partidista está pésimamente evaluada en las pesquisas de opinión y se la asocia, antes, con ambición individual y banalidad que con la encarnación del interés general o intenciones serias y loables. El carácter acentuadamente oligopólico del sistema financiero y la economía —revelado en los casos de colusión de farmacias y criadores de aves,

² Hugo Eduardo Herrera, *Más allá del cientificismo* (Santiago: Ediciones UDP, 2011), 93-103.

así como en los de modificación unilateral de cláusulas a los clientes de cadenas de *retail*— no sólo provoca distorsiones a la libre competencia, con los perjuicios para la eficiencia que ellas traen aparejadas (alzas de precios, pérdida de competitividad); además, los abusos que permite la posición oligopólica desafectan cuando no irritan a los consumidores. Se sabe que las empresas chilenas aportan, en general, poco valor a sus materias, que la industria nacional es incipiente, que las jornadas laborales tienen baja productividad, que las grandes cadenas desplazan al pequeño almacén y erosionan la vida de los barrios, que el sindicalismo representa un problema para el empresariado, lo mismo que las consideraciones medioambientales y urbanísticas.

Respecto de esta cuarta alteración, merece mención aparte un problema especialmente grave. El diseño del país es excesivamente centralista. El tamaño ínfimo de las regiones en las que se agrupan nuestras provincias impide lograr la concentración suficiente de cuadros humanos y recursos en cada una de ellas. El centralismo hace muy difícil alcanzar decisiones adecuadas en terreno y el resultado es, por lo pronto, un conflicto que se agrava en La Araucanía en la misma medida en que las autoridades dotadas del poder para adoptar decisiones eficaces simplemente no saben en concreto de la disputa y de sus múltiples factores, debido a la distancia a la que se encuentran. Ese centralismo exacerbado es responsable de la falta de integración de pueblo y territorio: nuestra nación no se esparce por su paisaje; la mayor parte de ella se hacina en la capital, no se repara en que la naturalidad de los mares y los campos —o de ciudades integradas armónicamente con su entorno— importa posibilidades fundamentales de experimentar sentido a las que se está renunciando. Si el norte es un desierto inhóspito, el sur ha sido convertido en un gigantesco parque nacional, impidiéndose así su colonización. Tanto la efervescencia en Arauco, cuanto los alzamientos sucesivos en diversas provincias; tanto la escualidez del desarrollo de las regiones, cuanto el insano apiñamiento en Santiago vienen a llamar la atención también sobre los límites del centralismo político, económico y social.

Las cuatro alteraciones identificadas hacen, sin duda, que la discusión no sólo se deslice hacia temas más fundamentales, sino que además el ambiente se excite. Las demandas sociales, políticas y económicas se han incrementado a tal nivel, que la capacidad del país

se encuentra sobrepasada. Ocurre algo semejante a lo que Francisco Antonio Encina describió hace justo un siglo, en otro ciclo: hay “una especie de desequilibrio agudo entre las necesidades y los medios de satisfacerlas”³. La ciudadanía, consciente de los límites del sistema político y económico, sin miedo y más orientada al presente y al futuro que a su pasado, con mayor información y contactos, está poniendo exigencias a las que la capacidad del país no puede responder.

3. C'EST UNE RÉVOLUTION?

El asambleísmo, la defensa de la legitimidad de las deliberaciones de base incluso por sobre las instituciones representativas, la propuesta de una asamblea constituyente son posiciones revolucionarias. Durante la revolución en Francia, las secciones parisinas, de forma parecida a nuestros izquierdistas, tenían despierta consciencia de la importancia de las asambleas populares, no sólo como órganos de deliberación y decisión, sino que también de educación cívica de sus miembros⁴. En el movimiento social hay otros aspectos que poseen también carácter revolucionario, como la estrategia de protestas callejeras constantes y de tomas indefinidas (toda suspensión indefinida del orden institucional es, en último término, revolucionaria). De semejante origen son, asimismo, el cuestionamiento a las diferencias de ingresos⁵, las irrupciones violentas en las manifestaciones, la intervención del anarquismo en la conducción del movimiento estudiantil, las “funas”⁶ y los modos de

³ Francisco Antonio Encina, *Nuestra inferioridad económica* (Santiago: Universitaria, 1981), 177. Continúa Encina: “No es difícil señalar el origen de esta regresión”. Él se hallaría en una alteración brusca del piso de ideas, creencias y costumbres que estabilizaban la existencia nacional desde la Colonia, producida por el contacto más estrecho con la civilización europea (ibídem 176-177). Se podría establecer con cierta facilidad una analogía entre la llamada “crisis moral” del Centenario con la situación actual, tanto en algunas de sus causas particulares, que no son muy distintas, cuanto —y especialmente— en la mecánica del proceso, que va desde una alteración de las creencias, ideas y costumbres a una desestabilización de la relación entre las exigencias sociales y la capacidad del país de darles respuesta.

⁴ Ver Albert Soboul, *The Sans-Culottes* (Princeton: Princeton University Press, 1980), 119-120.

⁵ Ibídem, 48-49.

⁶ Como la que afectó a José Joaquín Brunner el 3 de junio de 2014.

discutir que se inclinan a la *dénonciation*⁷. Todo esto es indesmentible. Sin embargo, en lo fundamental, la situación actual se parece, antes que a una revolución en forma, a un desajuste profundo entre el pueblo y el sistema político y económico, que se expresa al modo de un malestar y una revuelta persistentes, los cuales no alcanzan ni para algo así como una huelga general —ni “política” ni “proletaria”⁸—; tampoco para medidas civiles revolucionariamente mínimas, como el boicot a las grandes empresas sorprendidas en abusos de su posición de poder.

Los líderes de los movimientos sociales, mucho más que una posición revolucionaria, asumen lo que Carl Schmitt llama “romanticismo político”⁹. Reclaman lo suyo con gestos y actitudes estéticas, pero se niegan a realizar cambios radicales y a correr los riesgos que traen aparejados. El ímpetu de los grupos de indignados no basta para soportar la articulación política de una fuerza dispuesta a echar por tierra el orden vigente. Los autores indicados como voces intelectuales del movimiento social hacen un diagnóstico, a veces más vehemente¹⁰, a veces más sobrio¹¹, de los excesos a los que ha conducido el régimen económico imperante, así como el sistema político que lo ampara, pero que no

⁷ Ver, como buen ejemplo, el artículo de Alberto Mayol, “Brunner, Peña, Bachelet: la educación y la transmutación de lo público”, diario electrónico *El Mostrador*, 17 de diciembre de 2013, en el cual no se somete a una crítica rigurosa los argumentos de los aludidos, como que lo público y lo estatal no coinciden (algo que, por lo demás, ya reconocía el propio Kant [ver “Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung?”, en *Akademieausgabe* (Berlín: Walter de Gruyter, 1900), Vol. VIII, 35-42]). En cambio, Mayol se concentra en exponer los vínculos profesionales y develar los presuntos intereses de los mencionados.

⁸ Ver Georges Sorel, *Réflexions sur la violence* (París: Marcel Rivière, 1910), 217-218.

⁹ Ver Carl Schmitt, *Politische Romantik* (Berlín: Duncker & Humblot, 1998).

¹⁰ Ver Alberto Mayol, *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo* (Santiago: LOM, 2012). Toda la energía que despliega Mayol en su libro termina siendo la —por momentos extravagante— puesta en escena que acompaña un resultado comparativamente muy modesto: no es “[I]a crisis de la economía de mercado” o del “capitalismo” como tal lo que evidencia el texto (pp. 16-17), sino simplemente la de una especialísima versión del mismo o, mejor aún, de algunas de las condiciones de sus abusos más elocuentes.

¹¹ Ver Fernando Atria, Guillermo Larrain, José Miguel Benavente, Javier Couso y Alfredo Joignant, *El otro modelo. Del orden neoliberal al régimen de lo público* (Santiago: Debate, 2013). Se trata, en este caso, de un libro lo suficientemente matizado y complejo como para servir, en términos generales, de diagnóstico y propuesta reformista socialdemócrata.

importa superar el mercado. Estudiantes secundarios y de educación superior, ecologistas, partidarios de una asamblea constituyente, activistas de minorías sexuales, ciclistas furiosos, enfermos, consumidores, usuarios del transporte público, conductores del transporte público, trabajadores en general y todos quienes han vitalizado el movimiento social en su plural conformación están dispuestos a marchar, pero —por ahora— no a intentar una revolución.

Probablemente fue la falta de impulso revolucionario del movimiento social la que produjo que, a muy poco andar, los líderes de su primera hora terminaran transando con las élites establecidas, asumiendo cargos relativamente menores desde el punto de vista de su eficacia —diputaciones, agregadurías culturales—, quedando así atados, a cambio de muy poco, a la lógica y los procesos burocráticos e institucionalizados del aparato de poder.

4. COMPRENSIÓN POLÍTICA DE LA ÉPOCA PRESENTE

Ocurre a la inversa que con Luis XVI y el duque de La Rochefoucauld-Liancourt: el proceso chileno no es una revolución. Es un conjunto de alteraciones que genera un desajuste, el cual se expresa como revuelta. Sin embargo, las alteraciones y la situación de cambio merecen ser conocidas, ha de atenderse a ellas, deben ser interpretadas de manera lo suficientemente diferenciada como para que las decisiones que busquen conducir las sean plenas de sentido.

Esta exigencia se funda en dos reconocimientos. Por un lado, aunque no estamos ante un proceso revolucionario, la falta de una comprensión adecuada del momento actual puede provocar en el futuro que, lo que ha sido y parece decantarse como una revuelta de baja intensidad, devenga en un conflicto serio y generalizado y dé paso, eventualmente, a un proceso de características violentas. Por otro lado, aun cuando no evolucione en esa dirección, una comprensión justa de la situación es condición para que, cuanto menos, los abusos y formas de alienación más graves a los que se está sujeto en ella puedan ser develados y se organice la convivencia colectiva de una manera concordante con algo así como el despliegue humano.

Comprender el nuevo contexto de modo correcto requiere evitar simplificaciones, abrirse a la situación y su concreta heterogeneidad en la mayor medida posible; pero además, requiere no mantenerse en una

actitud puramente contemplativa o discursiva, sino que decidir. Lo que quiero hacer en las líneas que siguen, antes que plantear posibles soluciones a los acuciantes problemas que emergen en la época presente, es sugerir una exigencia fundamental frente a la que ella nos coloca; a saber, la de desarrollar una *metodología* o una *manera de interpretarla* específicamente política.

La *comprensión política* está afectada por una tensión fundamental entre dos aspectos irreductiblemente involucrados en su actividad. La comprensión abarca una situación que es infinitamente *singular*, única, irrepetible, excepcional, que incluye la alteridad de los otros seres humanos que existen en ella. Sin embargo, esa comprensión se realiza según unas reglas y conceptos que buscan hacer luz en la situación y organizarla, los cuales poseen un carácter *general*.

La tensión entre caso y regla hace que la comprensión se mueva siempre entre dos polos. En un extremo se halla la *subsunción* mecánica de la multiplicidad y singularidad de la situación bajo unas reglas preconcebidas, subsunción que termina haciendo violencia o injusticia a la peculiaridad del caso y a los individuos que se hallan en él. En el otro extremo se encuentra la *contemplación* puramente pasiva, estética, que se obnubila extasiada ante la infinitud y el carácter en último término insondable de lo real.

Entre ambos polos se encuentra la comprensión propiamente *política*, la cual está sujeta, en consecuencia, a un doble requerimiento. Por una parte, se le demanda adoptar una *decisión*, es decir, que en un momento determinado se suspenda la deliberación y se escoja una de las posibilidades de acción a la vista. Por otra parte, empero, se halla siempre también bajo la exigencia de la *justicia*, de tratar el caso de manera adecuada, proporcionada, no reduccionista¹².

¹² He intentado restringir al máximo las referencias a textos filosóficos especializados. Los que sirven de base para las indicaciones hermenéuticas que formulo son los siguientes: Carl Schmitt, *Gesetz und Urteil* (Múnich: Beck, 2009), VII, 8, 28, 32, 40, 48-52, 69, 71, 75, 93-94; *Politische Theologie* (Berlín: Duncker & Humblot, 1996), 40; *Politische Romantik* (Berlín: Duncker & Humblot, 1998), 167; *Der Begriff des Politischen* (Berlín: Duncker & Humblot, 1996), 120-121; Jacques Derrida, "Force de loi: Le 'fondement mystique de l'autorité'", en *Cardozo Law Review* 11 (1990), 960, 970. Derrida recoge la problemática indicada, la cual —no obstante el contexto a la vez moderno y postmetafísico en el que la plantea Schmitt— es aristotélica en su origen. Ver también Aristóteles, *Ética nicomaquea* (Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1989) V, 14, 1137b; Hans-Georg Gadamer, *Wahrheit und Methode*, en *Gesammelte Werke* (Tübingen: Mohr Siebeck, 1999), Vol. I, 313.

5. EL DESAFÍO HERMENÉUTICO DE LAS ÉLITES

Lograr una comprensión que sea, a la vez, capaz de decisión y abierta a la singularidad de la realidad es un desafío —hasta cierto punto imposible— al que se hallan persistentemente sometidas las élites intelectuales y políticas, dada la premisa de que la prosperidad y supervivencia de las democracias republicanas penden de la capacidad de sus conductores de *articular* efectivamente la insondable voluntad general en una decisión fundada en *relatos* lo suficientemente complejos. La incapacidad, por una parte, de adoptar decisiones socava la representatividad de esas élites (y deja al pueblo en cierta manera abandonado a las decisiones que adopten otras élites). La subsunción, por la otra, que reduce la complejidad de lo real según un discurso simplificador, puede, si la estrechez de la comprensión es muy acentuada, conducir a la impotencia y la pérdida de legitimidad, o, si se supera un cierto umbral de la complejidad, alcanzar la eficacia como una imposición todavía injusta del mecanismo, en último término, violento del poder sobre los gobernados.

En el primer caso —cuando no se decide, sino que se permanece en la contemplación y el silencio o se insiste en una discusión como intercambio sin fin de experiencias inconmensurables—, las élites pierden también legitimidad por impotencia. Si las nuevas exigencias populares y el malestar son administrados, pero no se cala hondo en la nueva complejidad orientándola hacia caminos de sentido, entonces el pueblo se alejará de sus élites y buscará la salida en otra parte, pues casi siempre hay quienes están dispuestos a decidir. Es lo que parece haber ocurrido en la República de Weimar, donde la clase política no fue capaz de apostar por un liderazgo republicano fuerte, en el grado requerido por la urgencia de los tiempos, y los alemanes siguieron al nuevo partido Nacionalsocialista. También sucedió algo así en cierto momento de nuestra República Parlamentaria, cuando Chile halló salida a su inquietud en aquella oficialidad joven que prometía una regeneración nacional. Esta pérdida de legitimidad por falta de decisión política habría tenido lugar en los años finales de la Transición. Cuando se esperaba un liderazgo fuerte y pertinente en la derecha, la falta de una comprensión *política* sofisticada y penetrante en el gobierno, su línea de continuidad en la actitud de tramitar el malestar no hizo más que acentuar el desajuste. El resultado es que el pueblo abandonado ha comenzado a mirar a la calle.

Todavía está pendiente la pregunta de si acaso lograrán o no la Nueva Mayoría —ahora— y la derecha —en el futuro— recuperar la capacidad de decisión.

En el segundo caso —cuando se desatiende a la multiplicidad infinita de la situación y simplemente se la subsume bajo reglas o ideas preconcebidas—, se abren dos posibilidades. La primera es que la comprensión sea tan estrecha que ella no alcance un umbral de complejidad suficiente como para volverse legítima y persista en la impotencia o ineficacia. También puede ocurrir que ella supere el nivel de complejidad requerido para lograr articular la voluntad popular, no obstante que el discurso desplegado luego sea más simple que lo correcto o exigido ahora por la justicia, es decir, que de todas maneras se perciba como una reducción. En este caso, se dejará efectivamente de hacer justicia y se abrirá paso a diversos modos de violencia: en la medida en que la situación es tratada desproporcionadamente, su singularidad sufre, la alteridad del otro es reducida, todo lo cual —si bien puede producir un estado de efervescencia en los sectores movilizados, un incremento, en su interior, de la legitimidad de los dirigentes— genera el distanciamiento o el temor de quienes no participan en esos modos de violencia y no se reconocen en el discurso de la vanguardia o el movimiento. Como demuestra el mismo caso de Weimar, el movimiento, por el hecho mismo de ser un movimiento, no es necesariamente loable y, al contrario, si se piensa en la justicia y en la exigencia que ella plantea de reconocer la singularidad del otro, la mecánica del movimiento puede ser, precisamente, injusta. Parece haber una ley según la cual la revolución se inclina a la subsunción reduccionista.

Esta doble exigencia —de apertura suficiente a la complejidad y singularidad de la situación, de un lado, y capacidad de decisión, del otro— resulta especialmente apremiante en el Chile de hoy. Pese a sus diferentes actitudes, ocurre que tanto la derecha como la izquierda han carecido en el último tiempo de un modo de comprensión adecuado, como lo prueba el destino que está viviendo, en ambos sectores, la noción de cambio de ciclo. A la derecha le falta discurso, a la izquierda le sobra. El mutismo de la derecha en las discusiones teóricamente más exigentes, su especie de parálisis contemplativa frente al abismo, generada por una situación post Guerra Fría para la que carece de un aparato conceptual suficientemente denso y sofisticado, viene a ser el correlato

de una izquierda que, con un discurso ciertamente algo más complejo, se apresura a hablar de manera hegemónica, a copar las “discusiones de fondo” en el espacio público, a pensar la noción de cambio de ciclo de modo autorreferente, cuando no para interpretar la realidad como si sus puntos de vista fuesen ciencia¹³.

¹³ Si la derecha peca por defecto en el campo discursivo, decíamos, la izquierda lo hace por exceso. Ella puede llevar fácilmente a palabras, a una teoría, el fenómeno social y político actual, incluidos sus alcances más complejos. Podría decirse que cuando las implicancias teóricas del fenómeno social y político se incrementan, la izquierda tiene entonces su momento. Sin embargo, no obstante la mayor capacidad discursiva, en el discurso actual de la izquierda se observa un reduccionismo que opera en dos niveles. Recientemente, Francisco Vidal, un dirigente con alguna preparación teórica, cae, sin embargo, en la simplificación de *identificar* la “agenda gubernamental” en la versión que le da la “izquierda de la coalición” con “el nuevo sentido común que domina en Chile”; ver Francisco Vidal, “Cien días, Walker y Gramsci”, *El Mercurio*, 28 de junio de 2014. El sentido común *sin más* coincidiría con la agenda gubernamental y al modo cómo la interpreta el ala izquierda de la coalición. El argumento es en verdad puramente retórico, una sinécdoque o identificación de una parte con el todo, en este caso: la comprensión de la realidad que tienen grupos bastante menores del pueblo con el sentido común como tal. La identificación no se sostiene lógicamente. Se trata de una síntesis imaginada, carente de “realidad objetiva”, como diría Kant. Aunque en la política la retórica pueda ser una herramienta eventualmente eficaz, la identificación en este caso es francamente manipuladora, pues ella importa manifiestamente pasar por sobre la voluntad de aquellos que de manera explícita están expresando su desacuerdo con la lectura indicada del programa, y por “aquellos” se entiende a una parte importante de la Democracia Cristiana y sectores en la Nueva Mayoría cercanos a ella; también a Fuerza Pública, Amplitud, Horizontal, la UDI y RN. ¿No cuentan estas opiniones, de tal suerte que pueden ser simplemente soslayadas? ¿No hay una injusticia grave en ese desconocimiento directo de la opinión del otro?

Dentro de la Nueva Mayoría hay excepciones muy significativas a la actitud hegemónica. La centroizquierda es una fuerza influyente en gran medida gracias a las opiniones sopesadas de sus científicos e intelectuales, que los tiene en abundancia. Los moderados le otorgan a la Nueva Mayoría una capacidad multiforme mucho más rica y compleja que la que posee la derecha, y que le permite hacerse de una enorme *diversidad* que queda fuera de la comprensión de mundo de aquel sector. Parte del éxito del grupo moderado depende de que extienda su diagnóstico y entienda el proceso de cambio de ciclo no sólo como un asunto que concierne sólo o casi exclusivamente a la Nueva Mayoría, sino como un desbarajuste general que afecta al país completo (ésta es una de las dos falencias que se detectan en el, por lo demás, muy buen análisis de Ernesto Ottone expuesto en “Cambio de ciclo político”, *Estudios Públicos* 134 [2014], 169-185). Es relevante que este sector no desconozca que sus gobiernos se enmarcan dentro de un panorama mucho más amplio, que incluye a la derecha, sus gobiernos democráticos y las políticas públicas acertadas que ellos lleven adelante. Sólo así se le podrá dar una continuidad al

6. LA DERECHA, ENTRE EL SILENCIO Y LA ZALAGARDA

La derecha chilena actual encarna efectivamente ciertas ideas y sentimientos de validez general. No es mero grupo de interés, por eso puede hablarse de una derecha propiamente política, distinta de una derecha económica. La derecha política se identifica con nociones como las de orden, esfuerzo, libertad y nación. También ha dejado de manifiesto que, gobernando, tiene una gran capacidad para mantener niveles desafiantes de crecimiento económico. Todo esto es loable, pero los hechos de los últimos años han mostrado que no alcanza para enfrentar el momento presente, mientras no se logren organizar esas ideas y sentimientos en una totalidad discursiva sofisticada, que permita hacer luz sobre la situación concreta y servir de orientación general a las políticas públicas particulares.

Probablemente Jaime Guzmán fue el último de los políticos de derecha capaz de articular un discurso a la altura de su tiempo, a tal punto que, aún hoy, tras casi veinticinco años de su asesinato, el suyo es

desarrollo del país. Casos como la suspensión sin justificación suficiente de ciertas políticas públicas, al parecer simplemente porque venían del gobierno anterior, o los del desconocimiento de contrataciones efectuadas mediante el Sistema de Alta Dirección Pública, impiden o dificultan gravemente, en el largo plazo, una acción política constructiva, que vaya más allá del interés mezquino o el gobierno de turno. Es importante, además, que se supere la excesiva confianza que por momentos asoma cuando en ese sector se cree que basta con proceduralizar la crisis para que la infinita multiplicidad de tensiones pueda ser reconducida en las tres reformas que propuso el programa de Michelle Bachelet (constitucional, tributaria y educacional); Ottone, *ibídem*, 173. Lo que a esta altura puede ser llamada la Crisis del Bicentenario exigirá, posiblemente, mucho más que esas tres reformas, así como están planteadas. Piénsese, por ejemplo, en la diversidad de temas que deberán afrontarse, la cantidad de recursos de la que se deberá disponer, la inmensidad de las barreras que habrá de superar o echar abajo para que la educación adquiera un carácter auténticamente nacional, integrador y de excelencia. Mientras ese nuevo sistema de educación no se haya implementado, todas las reformas que se le introduzcan al actual ni rendirán los frutos esperados ni lograrán la superación de la crisis, en la exacta medida en que un reencauzamiento de la sociedad hacia un orden de sentido exige una ciudadanía nueva —nuevamente educada—. Tampoco se dejará atrás el desajuste social mientras no se avance en un tema que, aunque incluido en el nuevo programa, no es asunto prioritario: una reforma de la relación que mantiene el Estado y la sociedad con el paisaje y el territorio. Sin una regionalización fundamentalmente distinta a la atomización y abandono de las provincias y la concentración hacinada de la mitad de la población en Santiago, no es posible pensar en una mejoría sustantiva en la calidad de vida de la nación.

el único relato vigente dentro de ese sector. Si esto es verdad, entonces ocurre que la derecha durante todo lo que va del ciclo político actual, el que comenzó en 1990, o sea, un año antes del asesinato de Guzmán, ha funcionado con un discurso cuyas últimas actualizaciones fueron realizadas a comienzos de 1991.

Este líder de la derecha chilena merece un estudio por sí mismo, que lo aleje del pedestal mítico y estéril en el que lo han colocado tanto los partidarios suyos que comprenden su pensamiento como si éste fuese algo parecido a un estático *corpus* doctrinario (antes que un conjunto de reacciones puntuales —a veces geniales— a circunstancias momentáneas), cuanto sus detractores, quienes lo caricaturizan como la mente perversa tras los abusos del “modelo”, sin caer en la cuenta que Guzmán jamás defendió como principio la concentración del capital, sino al contrario su distribución¹⁴, o las violaciones a los derechos humanos, omitiendo su papel en la lucha contra esas violaciones, entre cuyos resultados descollantes está la desaparición de la DINA¹⁵.

Guzmán fue un político inteligente, no un teórico. Cambió de posiciones cuantas veces estimó necesario, desde el corporativismo al liberalismo económico; desde el autoritarismo a la democracia, no por mero oportunismo, sino para defender, con sentido del tiempo, lo que estimaba fundamental: la irreductible libertad del espíritu y su posibilidad de desplegarse en un mundo afectado por inmensos poderes seculares. Su defensa de la economía de mercado, antes que a un amor al capitalismo, se debía a que la entendía como un mecanismo eficaz para dividir el poder y garantizar la libertad. Si el Estado controla toda la vida económica, decía, luego “basta que ese omnímodo poder estatal

¹⁴ Ver Jaime Guzmán, “La iglesia chilena y el debate político”, en *Estudios Públicos* 42 (1991): 297-298.

¹⁵ Un juicio moral sobre el papel de Guzmán en la dictadura y su decisión de respaldarla a pesar de saber efectivamente de las violaciones a los derechos humanos exigiría analizar detenidamente no sólo sus acciones, que no son suficientemente conocidas más allá de indicaciones genéricas sobre la Constitución de 1980 o su apoyo al régimen, sino los dos miedos entre los que esas acciones operaban: por una parte, el miedo a los aparatos de seguridad, a Contreras, a los “duros” y a la posibilidad de que ejecutaran sus amenazas (Gazmuri sugiere que Contreras habría estado tras la muerte de Guzmán, ver Cristián Gazmuri, *¿Quién era Jaime Guzmán?* [Santiago: RIL, 2013], 108, 116), y, por otra parte, el miedo a caer en un régimen socialista real, de cuyo desprecio por los derechos humanos Guzmán tenía una consciencia especialmente lúcida.

caiga en manos de un gobierno que esté dispuesto a emplearlo en forma inflexible e inescrupulosa” para que la libertad desaparezca¹⁶. Como Montesquieu, era consciente de la mecánica del poder, según la cual la libertad queda garantizada cuando ese poder se divide. Su autoritarismo durante los setenta y ochenta fue la respuesta que estimaba institucionalmente adecuada a la amenaza del socialismo real, insoslayable en la Guerra Fría de esos años, con los pesqueros soviéticos acechando las costas chilenas y grupos guerrilleros operando al interior del país. Si bien esta posición no lo exime de la crítica, no ha de confundirse, en el caso de Guzmán, su adhesión al autoritarismo con el tema de las violaciones a los derechos humanos, a las que —como he indicado— se opuso y no simplemente levantando la voz, sino asumiendo riesgos tan graves como hacerle frente a Manuel Contreras¹⁷.

Muerto Guzmán y cuando se ha producido una modificación fundamental del entorno político, social y cultural, la UDI y la derecha entera se hallan de pronto carentes de un relato válido para el momento presente. Ya no es pertinente un discurso de Guerra Fría —propio de Guzmán— a un cuarto de siglo de caído el Muro de Berlín. La ausencia de una articulación de ideas actuales ha terminado conduciendo a la derecha al mutismo, expresado tan intempestivamente en el año 2011 ante el movimiento estudiantil, en 2013 frente a los cuarenta años del golpe militar y, ahora, en los primeros meses del gobierno de Bachelet¹⁸.

¹⁶ Guzmán, “El miedo”, 258. Probablemente, de estar vivo hoy, sus opiniones serían muy distintas a lo esperable de la versión fosilizada que se tiene habitualmente de él desde un lado y otro, por la regla perenne según la cual las mentes dotadas son más flexibles y veloces que las otras. En 1972, por ejemplo, escribió: “La estructura tradicional de la empresa debe ceder su paso a otra más justa y más humana (...) reconociendo siempre al capital privado un margen mínimo de utilidad que lo atraiga a arriesgarse para crear nuevas riquezas”. Agregaba la necesidad de establecer “los mecanismos adecuados para que quienes trabajan en una unidad productiva tengan efectiva participación en la gestión, propiedad y utilidades de ella”; Guzmán, “La iglesia”, 297-298. Estas palabras, citadas a modo de muestra documentada de su extravagancia o rara y desconocida sutileza, importan un severo distanciamiento, en sede política, del Guzmán real respecto de la tarea apologética que usualmente se le imputa haber realizado en favor de la estructura oligopólica que se ha expandido en Chile desde los noventa. ¿Sería Guzmán hoy —podría serlo— un defensor de las grandes cadenas? ¿O de la banca, al modo en que ella opera en nuestro país?

¹⁷ Gazmuri, *¿Quién era Jaime Guzmán?*, 108.

¹⁸ Joaquín Fernando, “El silencio de la derecha”, *El Mercurio*, 24 de junio de 2014.

La ausencia de un discurso pertinente ha incidido en la pérdida continua de legitimidad de este sector, evidenciada tanto en las elecciones municipales de 2012, cuanto en las presidenciales en 2013. Las derrotas electorales son el reflejo último de una realidad directamente asociada a esta carencia fundamental de discurso: la derecha no encarna suficientemente en estructuras de poder legítimas.

La presencia que en los ochenta y noventa tuvo la derecha en sectores pobres de los grandes conglomerados urbanos en Santiago, Valparaíso y Viña del Mar, Concepción y Talcahuano, así como en colegios profesionales y gremios significativos, o antes, en el mundo agrario, o, más atrás todavía, en los sindicatos (recuérdese que la Federación Obrera de Chile fue fundada por miembros del Partido Conservador¹⁹) y durante todo el siglo XIX y parte importante del XX en la Universidad de Chile y la administración pública se ha debilitado fuertemente. El peso electoral de la derecha se desequilibró de manera peligrosa, replegándose hacia el sector oriente de Santiago y parapetándose en el tercio histórico o de clase. Podría decirse sin exagerar demasiado que —en cuanto a estructuras de poder se refiere— la derecha hoy se encarna preponderantemente en una parte de la oligarquía social y empresarial (con aliados aquí y allá en grupos de clase media emergente) y en un sector de la Iglesia Católica. En los dos casos, se trata de agrupaciones cuya legitimidad se ha visto fuertemente desgastada.

Pero esa ausencia de encarnación en estructuras legítimas de poder es el efecto, no la causa. La causa es la *falta de discurso político*. En las grandes discusiones, donde se exige mayores conocimientos teóricos, la derecha ha guardado silencio, como quien calla ante lo insondable. El mutismo de la derecha evidencia que sus herramientas comprensivas no son adecuadas a la complejidad del fenómeno social, político y económico, que en nuestro tiempo tiene ineludibles implicancias teóricas. No se puede discutir con los estudiantes de manera persuasiva sin saber suficientemente de teoría política. A medida que la carga teórica crece, aumenta correlativamente la incapacidad de la derecha de comprender el fenómeno y termina callando.

La derecha en cierto modo trata de llenar el vacío de su falta de discurso con una doble actitud. A las medidas particulares del Gobier-

¹⁹ Fernando Ortiz Letelier, *El movimiento obrero en Chile 1891-1919* (Santiago: Lom, 2005), 183-186. También Hugo Eduardo Herrera, “Sindicalismo de derecha”, *La Tercera*, 2 de octubre de 2012.

no ella no responde con críticas que puedan reconducirse a una teoría política sofisticada, sino con la disposición de oponer a tales medidas indicaciones puntuales²⁰. Lo que predomina en esta dimensión “micropolítica” es la zalagarda, la escaramuza. En las discusiones más de fondo, la derecha suple la ausencia de un discurso complejo mediante un destilado escolástico de ideas que se encuentran en algunos de los textos de Guzmán, como la de libertad, a la que se vincula —sin cuidado suficiente— con la defensa del sistema económico capitalista al modo chileno, o como la de subsidiariedad —privada de su faz positiva—, a la que —nuevamente— se vincula, sin cuidado suficiente, con la defensa de esa modalidad del capitalismo. Las ideas de Guzmán eran muchas veces atingentes, plenas de sentido en la Guerra Fría, pero hoy, y sin mayores aclaraciones y matizaciones, no podrían servir sino para llevar adelante una reducción excesiva de los procesos que afectan a la nación²¹.

Esta doble actitud puede ser vista como una evasión. Con zalagarda y la aplicación mecánica de ideas formuladas en un contexto distinto, la derecha viene a llenar con ruido el angustioso silencio ante el abismo de lo inconmensurable, de la singularidad y complejidad teórica de la nueva situación. El “espíritu de consigna” parece estar prevaleciendo sobre las silenciosas labores de estudio necesarias para una comprensión de lo nuevo²².

Es innegable que el activismo de la derecha ha resultado parcialmente eficaz, y muestra, de paso, que la Nueva Mayoría se ha excedido en los niveles razonables de subsunción. En lo que va del año, la derecha ha contribuido a despertar la inquietud de los contribuyentes en el

²⁰ En esta línea activista se inscribe la iniciativa de la fundación Avanza Chile, del ex Presidente Piñera, de “desplegar en terreno” a sus ex ministros para analizar los proyectos del Gobierno; ver *El Mercurio*, 1 de julio de 2014.

²¹ Si en la Guerra Fría tenía sentido debilitar un movimiento sindical controlado por la izquierda para garantizar la gobernabilidad de país, no tiene mucho sentido oponerse a él hoy, cuando puede volverse, precisamente, una instancia de deliberación republicana al interior de las empresas; carece de sentido, asimismo, alegar que una reforma al sistema educacional, antes que a la “igualdad de oportunidades”, apunta a la igualdad “de resultados” (Sebastián Piñera, “¿En qué país queremos vivir?”, *El Mercurio*, 28 de junio de 2014), en circunstancias de que estamos hablando de un sistema que por definición premia (en grados problemáticos que han de tematizarse y corregirse) el capital social y el mérito.

²² Ver Jaime Guzmán, *Escritos personales* (Santiago: Zig-Zag, 1992), 17, 19.

debate sobre la reforma tributaria y a firmar un acuerdo con el Gobierno. Ha logrado movilizar, asimismo, a los apoderados de los colegios subvencionados frente a la reforma educacional. También está la posibilidad de que la crisis económica golpee al Gobierno más fuerte de lo previsto y de que Piñera aparezca en tres años más como el especialista capaz de restablecer los niveles de crecimiento en el país. Vale decir, si tiene suerte volverá al poder. Pero hay un después de Piñera. E incluso Piñera necesita urgentemente un discurso, si su nuevo gobierno ha de poder enfrentar no sólo con resultados económicos a sus oponentes y limitar con argumentaciones bien planteadas los embates de la movilización social.

7. CONTRASTE CON EL PASADO

El problema de la ausencia de un discurso complejo como explicación a la pérdida de legitimidad política en la derecha puede no resultar manifiesto a primera vista. Hay muchos en ese sector que parecen no percatarse de él o, aunque lo mencionan, no tienen claridad sobre su real alcance. Si a alguien, empero, le quedaran dudas, la carencia aparece con especial nitidez cuando se compara lo que ha ocurrido en las últimas décadas con el pasado más remoto. No siempre la derecha fue como hoy. Ni —incluso— como cuando Guzmán vivía. Guzmán es el último vástago de una historia más que centenaria, de una derecha intelectualmente mucho más robusta que la actual²³. Hubo un tiempo en el que en ese sector había una vinculación estrecha entre acción y pensamiento político, un tiempo en el que la derecha tenía intelectuales y académicos de vanguardia que participaban en política, y los políticos de derecha eran ilustrados por el pensamiento filosófico. La escisión que vivimos es un asunto más bien nuevo.

Durante el siglo XIX, por ejemplo, la derecha contaba, por el bando conservador, con Abdón Cifuentes, ministro y parlamentario, fundador de la Universidad Católica, profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile; con Zorobabel Rodríguez, diputado, poeta y ensayista, fundador de la Academia Chilena de la Lengua y profesor

²³ Respecto de las relaciones entre los distintos momentos de esa historia durante el siglo XX, ver Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile* (Santiago: Universitaria, 1992).

de Economía Política en la Universidad de Chile. Por la tradición liberal y laica, descuellan José Victorino Lastarria, escritor, miembro de la Sociedad Literaria de 1842, cuyo discurso inaugural fue de su autoría²⁴, fundador de la Universidad de Chile, decano de su Facultad de Filosofía, ministro y parlamentario; Benjamín Vicuña Mackenna, miembro, de joven, en la Sociedad de la Igualdad, parlamentario, recordado intendente de Santiago y destacado historiador; Diego Barros Arana, autor de la magna *Historia general de Chile*²⁵, quien intervino activamente en las disputas ideológicas de la segunda mitad del siglo, decano también de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile, rector de esa universidad y del Instituto Nacional. Antes aun, se encuentra Antonio Varas, el ministro de Montt, impulsor de la Sociedad Literaria de 1842, profesor en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile y en el Instituto Nacional, del que llegó a ser su rector, al igual que el propio Montt.

A comienzos y mediados del siglo veinte se hallaban en las filas derechistas pensadores de la talla de Mario Góngora, Francisco Antonio Encina, Luis Galdames y Alberto Edwards. Los cuatro participaron activamente en política. Góngora fue quizás el más distante de la acción, pero así y todo dirigió la revista *Lircay*, fue vicepresidente de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, del Partido Conservador, y escribió, en pleno auge del discurso antiestatista, su *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*²⁶ para reparar en la importancia de un pensamiento lúcido sobre el significado de la institucionalidad política en la vida de la nación. Encina —el autor de *Nuestra inferioridad económica* y de una monumental *Historia de Chile*²⁷— fue diputado y fundador del Partido Nacionalista, junto a Edwards —la egregia pluma tras *La fronda aristocrática en Chile*²⁸, parlamentario y ministro en varias ocasiones— y Luis Galdames, quien

²⁴ José Victorino Lastarria, *Discurso de incorporación de don José Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago* (Valparaíso: Imprenta de Manuel Rivadeneyra, 1842).

²⁵ Diego Barros Arana, *Historia general de Chile* (Santiago: Universitaria y Centro de Investigaciones Barros Arana, 16 vols., 1999 ss; 1ª ed. 1884-1932).

²⁶ Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Ediciones La Ciudad, 1981).

²⁷ Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile* (Santiago: Nascimento, 1952).

²⁸ Alberto Edwards, *La fronda aristocrática en Chile* (Santiago: Imprenta Nacional, 1928).

escribió, entre otras obras, *Estudio de la historia de Chile*²⁹ y *Geografía económica*³⁰, fue uno de los redactores de la Constitución de 1925 y llegó a ser decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile.

Edwards, Encina y Galdames forman parte de una generación más amplia, en la que se cuentan también, entre otros, a Tancredo Pinochet³¹, Alejandro Venegas³², Luis Ross³³, Guillermo Subercaseaux³⁴, generación que gira temporal y conceptualmente en torno a la llamada Crisis del Centenario (acontecimiento de vastos alcances y en el cual jugaron un papel significativo políticos e intelectuales de todos los sectores, entre los que destacan, por la izquierda, Luis Emilio Recabarren y, por los radicales, Enrique Mac-Iver), el Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria (1912) y la fundación del Partido Nacionalista (cuyo año de creación es oscuro, pero de cuya existencia ya hay constancia para las elecciones de 1915³⁵), y que se caracteriza por sostener una crítica de la sociedad chilena, rehabilitar el elemento popular, asumir una actitud antioligárquica, así como por afirmar la importancia de una enseñanza con énfasis nacional y técnico³⁶. La potencia intelectual de la

²⁹ Luis Galdames, *Estudio de la historia de Chile* (Santiago: Universitaria, 1911).

³⁰ Luis Galdames, *Geografía económica* (Santiago: Universitaria, 1911).

³¹ Ver Tancredo Pinochet, *La conquista de Chile en el siglo XX* (Santiago: La Ilustración, 1909), y *Bases para una política educacional. Al frente del libro de Amanda Labarca* (Santiago: Biblioteca de Alta Cultura, 1944).

³² Ver Alejandro Venegas, *Sinceridad, Chile íntimo en 1910* (Santiago: Universitaria, 1910).

³³ Ver su libro póstumo Luis Ross, *Más allá del Atlántico* (Valencia: F. Sempere y Compañía Editores, 1909), prologado por Miguel de Unamuno.

³⁴ Ver Guillermo Subercaseaux, *Los ideales nacionalistas ante el doctrinarismo de nuestros partidos políticos históricos* (Santiago: Universitaria, 1918).

³⁵ Ver Cristián Gazmuri, "Alberto Edwards y la fronda aristocrática", *Historia* 31/1 (2004), 69.

³⁶ Hernán Godoy, "El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX", en *Pensamiento nacionalista*, editado por Enrique Campos Menéndez (Santiago: Gabriela Mistral, 1974), 143-161; Góngora, *Ensayo histórico*, 85-95; Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile, tomo IV: Nacionalismo y cultura* (Santiago: Universitaria, 2007); Francisco Javier Pinedo, "Apuntes para un mapa intelectual de Chile durante el Centenario: 1900-1925", en *América sin nombre* 16 (2011), 29-40; Cristián Gazmuri, *Testimonios de una crisis: Chile 1900-1925* (Santiago: Universitaria, 1977); Sol Serrano, "Liberalismo, democracia y nacionalismo", en *Historia de la educación en Chile (1810-2010), tomo II: La educación nacional (1880-1930)*, editado por Sol Serrano, Macarena Ponce de León y Francisca Rengifo (Santiago: Taurus, 2012), 42-63.

derecha en esos años le permite decir a Alfredo Jocelyn-Holt que, “desde un punto de vista político (...), Edwards y Encina han sido —querámoslo o no— nuestros pensadores políticos más influyentes durante este siglo” (se refiere al XX)³⁷.

8. ENCINA Y EDWARDS

Ciertamente, Encina, el historiador, presenta peculiaridades —como la excesiva importancia que le atribuye a los factores raciales— difíciles de admitir hoy. Sin embargo, la densidad filosófica y capacidad de penetración de su pensamiento son indudables.

Parte del significado político de Encina emana de su lúcido diagnóstico de la Crisis del Centenario. Encina describe la mecánica del cambio de ciclo político, cuya condición de posibilidad es la asimetría entre “ideas y sentimientos tradicionales” realmente encarnados en el pueblo, e ideas abstractas, no encarnadas aún en ese mismo pueblo³⁸. Los primeros poseen una eficacia conformadora ya probada, que provee a la existencia colectiva de un orden. Encina no es ciego a las imperfecciones de ese orden³⁹. Sin embargo, asume una defensa del mismo, en tanto que se trata de una conformación capaz de dar sentido, aunque imperfectamente, a la existencia del pueblo. Cuando esa conformación goza de vitalidad, entonces no sólo el caos, sino que también “el malestar” y “el descontento” quedan conjurados⁴⁰. El rasgo concreto de las ideas y sentimientos realizados los pone, sin embargo, en una posición vulnerable, pues junto a ellos hay otras ideas abstractas. Las ideas abstractas tienen la ventaja respecto de las otras de ofrecer todo su luminoso atractivo —ora en su pura idealidad, ora como contenidos ejemplarmente realizados en otro pueblo (probablemente uno altamente desarrollado)— sin que ellas hayan aún debido exponer, empero, los retrocesos que puede traer aparejada su realización en la propia nación. Así las cosas, basta que las ideas externas entren en relación con un

³⁷ Alfredo Jocelyn-Holt, “Encina, ¿cíclope o titán?”, prólogo a: Francisco Antonio Encina, *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia* (Santiago: Universitaria, 1997), 31.

³⁸ Son las ideas de “sectas religiosas o sistemas filosóficos”, así como “ideas y sentimientos (...) de otros pueblos”; Encina, *Nuestra inferioridad económica*, 177.

³⁹ Las ideas y sentimientos, vistos desde fuera, pueden ser “buenos o malos, sublimes o ridículos” (Encina, *Nuestra inferioridad económica*, 177).

⁴⁰ *Ibidem*, 176.

vector eficaz (el libro, los viajes, el librecambio⁴¹) para que ellas se vuelvan un agente desquiciante. Si respecto de las ideas abstractas su intercambio y discusión puede ser un ejercicio inocuo y hasta estimulante, “la experiencia social demuestra” que las ideas y sentimientos concretos del pueblo “no pueden ser quebrantados o modificados bruscamente, sin grandes trastornos morales”⁴².

Encina no se queda en el lamento romántico ante el pasado perdido, sino que identifica en la educación una forma de superar el desbarajuste y volver a alcanzar la realización de ideas y sentimientos conformadores y estabilizadores en el pueblo⁴³. No cualquier educación, sino una más orientada a las virtudes industriales que a las militares, más al saber técnico-práctico que al humanista especulativo⁴⁴. Este énfasis no ha de entenderse como algo parecido al economicismo financiero y comercial de nuestros contemporáneos, sino como la observación de la mente capaz de un intelectual formado acerca de la importancia de una educación centrada en desarrollar la “fuerza de la inteligencia para conocer la realidad” y no sólo “el poder del discurso”⁴⁵. Encina aboga por desplegar, mediante la educación, en el pueblo y sus élites excesivamente inclinadas a las humanidades y las ciencias (asuntos para los que, a su juicio, sólo es apto un pequeño grupo⁴⁶) destrezas y capacidades requeridas por la industria, y a las que vincula con las “más fecundas fuerzas psíquicas”: “la ambición inexhausta, la fe fanática en el propio esfuerzo, el deseo de poderío y grandeza”⁴⁷. Nada cercano a los afanes

⁴¹ *Ibidem*, 211, 217-220.

⁴² *Ibidem*, 177. Encina acude a la historia para probar el principio propuesto: “El advenimiento del cristianismo marcó para la humanidad un gran paso; y sin embargo, al quebrantar el patrimonio hereditario de la sociedad romana, influyó en la disolución del imperio más que los latifundios, que los bárbaros y que la propia corrupción, con ser grande”. Así también habría ocurrido en el Chile del Centenario. “Nuestra sociedad, al pasar bruscamente del enclaustramiento colonial a un contacto íntimo con las civilizaciones europeas, experimentó, pues, un verdadero desquiciamiento de su antiguo andamiaje moral, por la socavación de las bases en que estaba asentado. Nada vino a reemplazar el edificio derruido, porque las adquisiciones que hicimos por imitación, sobre ser exclusivamente intelectuales, fueron tan heterogéneas que su influencia moralizadora tenía fatalmente que anularse” (*ibidem*, 177-178).

⁴³ *Ibidem*, 33, 243.

⁴⁴ *Ibidem*, 80, 151, 168 y ss., 243.

⁴⁵ Jocelyn-Holt, “Encina, ¿cíclope o titán?”, 27, 31-32.

⁴⁶ Encina, *Nuestra inferioridad económica*, 170.

⁴⁷ *Ibidem*, 82.

limitados y autocontenidos de nuestros contemporáneos funcionarios comerciales y financieros, Encina busca desencadenar las compungidas fuerzas mentales profundas capaces de infundir espíritu en la actividad productiva. En este sentido, llega a hablar de “los héroes del trabajo y de las industrias”⁴⁸.

El industrialismo, al cual apunta Encina con su propuesta educativa, opera como el “esquema” o intermediario entre los ideales y la realidad, capaz de restablecer la adecuación entre el estadio de desarrollo de la nación y una manera de organización institucional. Él viene a ser como una nueva disposición o actitud a inculcar por medio de la educación y de cuya realización depende la armonía entre las fuerzas del pueblo y sus ideales⁴⁹.

Este problema de la adecuación de la nación en un estadio determinado de su evolución histórica y el tipo de organización institucional es también, en último término, una cuestión política: que se logre tal adecuación depende, en definitiva, de la capacidad de las élites de notar el momento evolutivo del pueblo y no aplicarle simplemente fórmulas exóticas. Tanto en la propuesta educativa cuanto en la política, Encina expresa un modo de comprensión que él mismo define, y que busca distanciarse tanto del sometimiento acrítico de la realidad a “moldes”, “leyes” o “sistemas filosóficos, sociológicos o políticos”, como a “abstracciones o conceptos meramente intelectuales”, cuanto del éxtasis estético. Se trata, en cambio, de “mirar la realidad cara a cara”, pero “ganando, después, la altura” requerida para la orientación y la decisión⁵⁰.

⁴⁸ *Ibidem*, 169.

⁴⁹ El “nacionalismo” de Encina, su reconocimiento de las características étnicas del pueblo, la atención al momento de evolución histórica, no es “antagónico respecto del desarrollo capitalista industrial”; ver Carlos Ruiz, “Conservantismo y nacionalismo en el pensamiento de Francisco Antonio Encina”, en *El pensamiento conservador en Chile*, de Renato Cristi y Carlos Ruiz (Santiago: Universitaria, 1992), 56. Entre el elemento nacional y el desarrollo industrial hay una tensión, pero que resulta superable, bien mediante la evolución espontánea del pueblo —cuando no hay intervención de ideas y sentimientos desajustados a su carácter y momento evolutivo—, bien —cuando dicha intervención ya se ha producido— mediante una enseñanza que encauce al pueblo hacia el estadio de organización siguiente en la evolución.

⁵⁰ Francisco Antonio Encina, *Portales. Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)* (Santiago: Nascimento, 1964) Vol. I, 12; Vol. II, 298-299. En diversos pasajes, Encina realiza reflexiones sobre el método de la comprensión, en la historia y en la política; ver *ibidem* Vol. I, 46, 108, 140-141, 166-167; “La historia y el alma del pasado”, en Encina, *La literatura histórica*, 244-245.

Alberto Edwards describe en su principal obra, *La fronda aristocrática en Chile*, el proceso de surgimiento, despliegue y decadencia del Estado portaliano, asentado sobre el reconocimiento del dato sociológico de la capacidad de obediencia interior del pueblo chileno, adquirida en siglos de régimen monárquico⁵¹. De manera parecida a Encina, Edwards repara en el carácter valioso del orden político. “El poder público es algo más que un hecho, y reposa en un principio de legitimidad superior”⁵²: puesta a existir, una colectividad no tiene más alternativa que elegir entre algún tipo de sometimiento que la aparte del caos. Vale decir, la alternativa no es entre obediencia o desobediencia, pues la segunda es camino de disolución, sino entre dos tipos de obediencia: o la adhesión a un principio espiritual o el sometimiento material a un mecanismo. “La sociedad, para subsistir, necesita de cadenas, espirituales o materiales”⁵³: el segundo tipo de sometimiento es funesto; el primero, en cambio, la “deferencia” o “subordinación del corazón”, es la única base posible de un “régimen político ‘en forma’”, como el que experimentó Chile hasta la crisis de la República parlamentaria⁵⁴. La historia de Chile, que “se desarrolló” como “lenta y majestuosa”, “evolución política comparable a la de los países ‘no españoles’”, contrasta en este sentido gravemente con la de nuestros vecinos, quienes cayeron “bajo el yugo de los despotismos intermitentes y accidentales”⁵⁵.

Al igual que Encina, Edwards es lo que podría llamarse un tradicionalista crítico. Su argumento contra los reformistas radicales no es la mera emanación del temor al futuro o del afecto dogmático al pasado, sino que se apoya en la ausencia de realización empírica que afecta a las ideas abstractas: “El demoledor rara vez conoce siquiera los planos del edificio con que va a reemplazar el que intenta destruir”. Antes de la iniciación de faenas, Edwards le exige “preguntarse, aun en sus horas de descontento y duda, si existe la posibilidad de algo mejor”⁵⁶.

⁵¹ Edwards, *La fronda*, 278.

⁵² *Ibidem*, 184.

⁵³ *Ibidem*, 285.

⁵⁴ *Ibidem*, 27.

⁵⁵ *Ibidem*, 286-288. Edwards viene aquí a refrendar en sede política la tesis nacionalista del llamado “carácter excepcional” del pueblo chileno.

⁵⁶ *Ibidem*, 291.

9. LA HEGEMONÍA DE LA DERECHA EN EL CENTENARIO Y CRISIS ACTUAL

Encina y Edwards le garantizaron a la derecha de su tiempo y del que vino el predominio ideológico: “Poseen una capacidad interpretativa, un impulso revisionista, una mayor profundidad y densidad filosófica que el bando liberal agotado. Nada de extraño, por lo mismo, que se impusieran. Y no sólo entre los sectores de élite, sino también en el mundo de la izquierda”⁵⁷. Encina y Galdames lograron que sus ideas triunfaran ante la completa clase intelectual del país, en el Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria de 1912: “La reforma, presentada conjuntamente por Encina, Darío Salas y Luis Galdames fue aprobada por el Congreso por aclamación”⁵⁸. Este es un predominio que resulta apabullante, si se lo compara con la actualidad. ¿En qué foro intelectual de esa envergadura podría la derecha de hoy llegar a ser aclamada por sus propuestas?

Para los dos siglos pasados vale que el hecho de contar con un pensamiento denso de lo político y del Estado le permitió a la derecha mantener un peso irreprimible. Sus lazos con grupos económicos eran estrechos, pero además ella poseía un carácter y una legitimidad irreductiblemente políticos, precisamente gracias a la existencia de una raigambre fuerte de sus acciones en un pensamiento de lo político. La derecha del pasado se desenvolvía con soltura en las estructuras de poder legítimo —la Universidad de Chile, la Iglesia Católica, la administración pública y el Estado, los gremios, hasta las organizaciones obreras—. No se encontraba, como hoy, atrincherada en agrupaciones de legitimidad decreciente, sino que desplegada firmemente allí desde donde el país era efectivamente liderado. Podía estar cómodamente en esos lugares porque tenía un discurso a la altura de su tiempo, un discurso político de vanguardia.

Ese cruce de pensamiento y acción se halla hoy en crisis. Sólo un pensamiento nutrido puede liberar a la derecha de los tambaleos entre mutismo y activismo, pues salir de esa situación requiere, precisamente,

⁵⁷ Alfredo Jocelyn-Holt, “Guillermo Feliú Cruz o el peso del anacronismo”, conferencia inédita pronunciada en acto académico en homenaje al profesor Guillermo Feliú Cruz, Facultad de Derecho, Universidad de Chile, 7 de septiembre de 2000, citada en Subercaseaux, *Historia de las ideas*, 179.

⁵⁸ Ruiz, “Conservantismo y nacionalismo”, 51.

la capacidad de hablar con prestancia allí donde las disputas son existencialmente complejas y teóricamente densas. Se necesita una crítica de las sedimentaciones trasladadas desde la Guerra Fría hasta hoy, que le permita a la derecha ampliar sus límites comprensivos y levantar lo que el ciudadano común que no milita en una ideología particular mira no pocas veces como a verdaderos topes impuestos por ese sector al progreso material y espiritual de la nación, a saber, la connivencia negligente con el mercado en su versión oligopólica; una actitud social oligárquica; un encierro en los márgenes de la capital nacional para el cual las provincias y los mapuches están simplemente excluidos del foco de atención, salvo cuando se ejerce violencia; la insensibilidad, cuando no franca reticencia, hacia el mundo de la cultura y el pensamiento allende la economía; una inclinación materialista; la despreocupación por la integración de nuestro habitante con sus vecinos, la ciudad, el paisaje. En la mente del ciudadano común se llega a responsabilizar a la derecha de estas actitudes, así como de una larga lista de males, que van desde la pasividad frente a la violación de los derechos humanos hasta el desinterés ante las condiciones humanas de los trabajadores, por los que probablemente ella no se ha sentido ni se sentirá concernida en la medida en que le corresponde mientras no predomine de una vez en su interior una actitud nueva, de reflexión honesta y coraje comprensivo para adoptar decisiones profundas y alcanzar el nivel de simple y llana humanidad que nunca debió haber perdido.

10. ¿RETORNO DE LO MISMO?

Los cambios que ha experimentado nuestra sociedad han generado un desfase entre las demandas populares y las instituciones. También entre el pueblo y su territorio.

Los paralelos de esa situación con la crisis que diagnosticaba Encina y toda la generación del Centenario son asombrosos. En los dos momentos aparece un malestar nacional profundo; una grave diferencia entre las exigencias populares y los medios de satisfacerlas; un distanciamiento del pueblo respecto de una clase política y económica oligárquica; un desengaño con el período histórico inmediatamente anterior (el inicio de la República Parlamentaria está casi a la misma distancia del Centenario que el retorno a la democracia del Bicentenario); el

clamor por una reforma educacional fundamental (que se expresa en el Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria de 1912, prácticamente un siglo antes de las movilizaciones estudiantiles de 2011); la necesidad de impulsar la industria nacional y preparar a los trabajadores para ese desafío.

¿Estaremos viviendo en nuestro “ciclo” un retorno de lo mismo?

Tal como para el Centenario, la clase política nacional es hoy parte del problema. Me he referido sólo al pasar al hegemonismo de la izquierda y sus dificultades, y con más detalle a la derecha y su ausencia de discurso. Los modos de comprensión de ambos sectores no parecen ser lo suficientemente complejos como para decidir asertiva e inclusivamente la situación nacional y volver las cosas a un cierto orden y sentido.

Conocemos lo que siguió a la crisis del Centenario y eso es historia. Lo que ocurrirá con el país actual probablemente depende de la respuesta a la siguiente pregunta: ¿Habrán disponibles, para hacer la comprensión exigida, visionaria y decisiva, algo así como una generación del Bicentenario?⁵⁹ EP

⁵⁹ Terminar un artículo político con una pregunta puede resultar molesto y se me ha llamado la atención respecto de que él no contiene propiamente una propuesta para la derecha. Hay una propuesta, en términos generales, de lo que podría ser un método de la comprensión política. En lo que toca a la derecha es, empero, fundamentalmente, un diagnóstico, cuya novedad estriba en contrastar una parte de la historia intelectual de la derecha con el momento actual de ese sector. Una versión más amplia de este diagnóstico, que sí se aventura a dar criterios para un discurso desde la perspectiva de la derecha política, es la que he estado escribiendo en el último tiempo y, si nada se interpone, verá la luz antes de fin de año.